

"La Espã-stola". Javier Estãvez

domingo, 25 de marzo de 2007

Modificado el viernes, 22 de enero de 2010

LA EPã-STOLA

Por Javier Estãvez

Mi querido Josã: La fiebre amarilla nos mata, nos reduce, nos angustia. La desesperanza empieza a filtrarse entre nosotras: aãn no hay sãntomas de debilitamiento de la misma. Lejos de atenuar, creemos que se encuentra en su paroxismo: el pasado mes de noviembre fallecieron 106 vecinos; Guã-a se despuebla, se exaspera. Es tal nuestra desesperaciã que hoy me ha parecido ver hasta a los adoquines de nuestras calles contagiados, a pesar de su naturaleza basãltica. Nada se le resiste a esta epidemia.ãEs terrible, Josã!

LA EPã-STOLA

Javier Estãvez

PRã-LOGO

Antes de leer mi microrrelato, creo necesario aclarar ciertos hechos que en ã se relatan y que facilitarã su comprensiã:

1. En agosto del aão 1811 aparece en la entonces villa de Guã-a la tan terrible epidemia de la fiebre amarilla. Murieron, sãlo en la villa, es decir, en el actual conjunto histãrico, 267 personas, entre hombres y mujeres, mayores y niãos.
2. En este aão de 1811 regã-a el pueblo, en calidad de alcalde real, don Josã Almeida Domãnguez y destacaban como figuras preeminentes nacidas en Guã-a tres nombres propios que han pasado a la historia de Canarias: Josã Lujã Pãrez, Pedro Josã Gordillo y Rafael Bento Travieso.
3. En agosto de 1811, Josã Lujã Pãrez se encontraba trabajando en su vivienda-taller de Las Palmas, emplazada en la calle de Las Monjas, en el barrio de Vegueta. Gordillo y Ramos estaba en Cãdiz, pues habã-a sido elegido diputado en sus cortes. Y Rafael Bento Travieso seguã-a viviendo en Guã-a, casado con doãa Fermina Fernãndez.
4. Durante la epidemia, y en Guã-a, en la calle de En medio, vivã-an Ana Pãrez Sãnchez, madre de Josã Lujã Pãrez, y una hermana y hermano de ãste.
5. La epidemia estuvo controlada a partir de febrero de 1812.
6. El resto de la historia es pura ficciã.

En la villa de Guã-a de Gran Canaria, a 8 de diciembre de 1811

TEXTO DE "LA EPã-STOLA"

Mi querido Josã: La fiebre amarilla nos mata, nos reduce, nos angustia. La desesperanza empieza a filtrarse entre nosotras: aãn no hay sãntomas de debilitamiento de la misma. Lejos de atenuar, creemos que se encuentra en su paroxismo: el pasado mes de noviembre fallecieron 106 vecinos; Guã-a se despuebla, se exaspera. Es tal nuestra desesperaciã que hoy me ha parecido ver hasta a los adoquines de nuestras calles contagiados, a pesar de su naturaleza basãltica. Nada se le resiste a esta epidemia.ãEs terrible, Josã! Es cierto que nos movemos en la frontera de la vida, pero no nos queda mãis remedio; alguien debe liderar e intentar poner orden y cordura en este caos de quejidos, de ayes y lamentos, de desgarradores llantos y demenciales gestos. Es un escenario desolador, pavoroso, horrible. A pesar de este paisaje, tus hermanos no cesan ni un instante en colaborar, ora con los vecinos infectados, ora en trabajos de necesario saneamiento. Ambos son admirables; estoy muy orgullosa de ellos. Carlos trabaja en la realizaciã de un campo santo en el arrabal de la Atalaya, y Marã-a Josã ayuda noche y dã-a en el interior de la parroquia, convertida por nosotras en un improvisado hospital. A las autoridades polãticas y sanitarias, quiero imaginar que contagiadas por el miedo y la histeria colectiva, lo ãnico que se les ha ocurrido es redactar un estãpido y estãril bando seãalando a la mujer como ãnica culpable y posible transmisora de esta terrible epidemia que nos azota.ãDios mã-o, desde los tiempos de Eva cargando con este sambenito!ãCuãndo nos libramos de esta injusta y viril sentencia sobre nuestra culpabilidad? Como bien sabrãis (creo que te lo apuntã en la misiva que te hice llegar en septiembre), fue esa mujer, Marã-a Guadalupe, quien introdujo la fiebre en la poblaciã. A partir de ella, se contagiaron y murieron sus

padres y abuelas materna y paterna, hasta sumar, a día de hoy, unos doscientos los vecinos ya fallecidos. Como te expongo, tu hermana hace un trabajo encomiable, al borde siempre del desvanecimiento, parece infatigable. Ayuda a los enfermos que nosotras recluimos en la parroquia. Los infectados, aquejados de altas fiebres, escalofríos, múltiples dolores, vómitos y la ictericia que les caracteriza, son atendidos por nosotras exclusivamente. Hace meses que ningún hombre entra en nuestro espontáneo sanatorio. ¿Como si fuéramos a contagiarlos! Hay que ser necio, la verdad. ¿Por qué elegimos el Templo Parroquial? . Era necesario asegurar el aislamiento de la población afectada para evitar la extensión de la enfermedad. Ante la inoperancia de las autoridades, este grupo de mujeres, al que tu hermana y yo nos adscribimos fervientemente, se ha constituido en la única ayuda y esperanza que tienen los enfermos y los que aún parecen saludables. Afortunadamente, no todos mueren; los que sobreviven necesitan bastante atención, por lo que permanecen unas semanas más entre nosotras. Si se empeñan en acusar a la mujer como la única causante de los males que arrastra la humanidad, si bien es cierto que en una mujer se inició esta epidemia, no será otro género que el femenino el que trate de aplacarla, de aislarla, de vencerla. Sé que lo conseguiremos. Tengo fe absoluta en ello y ya me conoces José, no hay fuerza (ni medicina) más potente que la fe. Además, por algo tiene esta virtud espiritual género femenino. Por cierto, José, quería que supieras que entre tantos muertos, ha fallecido Fermina Fernández, esposa de tu tan admirado y querido poeta Rafael Bento y Travieso. Este, ha enloquecido; destrozado por tan agudo y sincero dolor, el poeta ha recorrido, vehementemente, las calles blasfemando y culpando a Dios, nuestro señor, de su desgracia. Tuvo que intervenir parte del Regimiento militar para detenerlo. Al parecer, partirá pronto a Sevilla, donde esperamos que consiga rehacer su ahora apática vida. Debo despedirme, José, mi querido José. Te echamos mucho de menos, y sobre todo, rezamos diariamente para que Dios conserve tu salud. Ojalá podamos verte pronto y sano por casa. Tu madre, que siempre te quiere y espera: Ana Pérez Sánchez.